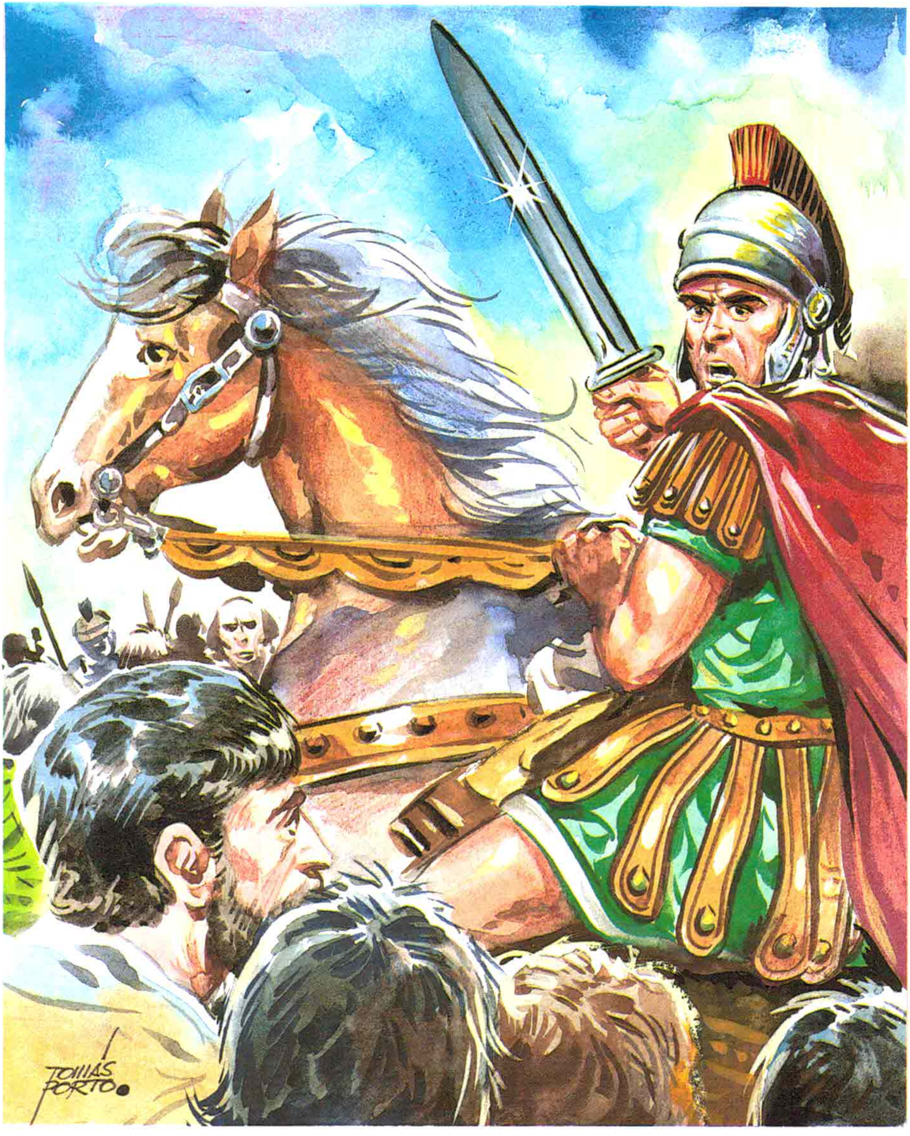
SAN PANCRACIO

SAN PANCRACIO

Fray Angel García de Pesquera
Franciscano-capuchino

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo,44
41003-SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA
D.L.: M. 46.198-2006. Imprime: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)


TOMAS PORTO

El imperio romano se tiñe de rojo

El cristianismo se fue abriendo caminos por senderos de dificultad. Había salido a la calle y las grandes persecuciones históricas fueron una guerra abierta contra él.

Admira la fe y valentía de aquellos primeros cristianos.

La fidelidad de unos hacía que otros muchos quisieran seguir su religión. Es célebre y real la afirmación de Tertuliano de que «la sangre de los mártires es semilla de cristianos».

Una página especialmente sangrienta fue la última etapa del emperador Diocleciano.

Atrás quedaban aquellas persecuciones voluntariosas y tiránicas de Nerón y Domiciano en el siglo I, y las esporádicas del siglo II con un fondo de tolerancia. En el siglo II Séptimo Severo había intentado oponerse al avance arrollador del cristianismo pero sin gran eficacia, pues los cristianos se multiplicaban y su organización se robustecía, y a mediados de ese siglo Decio declara al cristianismo el mayor enemigo del estado e intenta exterminarlos mediante el «edicto general contra los cristianos».

Al llegar al trono Diocleciano (284-305) se abre una nueva y cruenta persecución:

–El primer edicto no buscaba la muerte sino la postasía. Se ordenaba la destrucción de iglesias y quema de libros sagrados y la privación de cargos y títulos de los cristianos.

–El segundo apareció en abril del año 304. Ordenaba encarcelar al clero, obispos y sacerdotes.

–Casi inmediatamente apareció el tercero, anunciando la libertad y favor imperial a todos los encarcelados que sacrificaran a los dioses del imperio.

TOMÁS PORTO

–En mayo del 304 aparece el «cuarto edicto general» que extiende a todos los cristianos el deber de ofrecer sacrificios a los dioses. Para conseguirlo había que emplear toda clase de tormentos y, en caso de resistencia, darles la muerte.

¡Era elpoder más absoluto y tiránico de los Césares puesto al servicio de su odio al cristianismo!

¿Resultado?

Fueron muchos los cristianos que prefirieron la muerte a la apostasía. Todo antes que renunciar a su fe y negar a Jesús.

Así entraron en la historia de los héroes.

En España la persecución estaba dirigida por el gobernador Daciano, y Prudencio nos dejó el cántico al temple de espíritu y firmeza de la fe de aquellos cristianos. Todo el mapa español quedó teñido de sangre de mártires: Emeterio, Celedonio, Marcelo, Justa, Rufina, Vicente, Leocadia, los 18 mártires de Zaragoza...

Pero las flores del martirio aparecieron a lo largo y ancho del imperio romano.

En Italia admiramos a santos que brillan con luz propia: La popular Inés, el valiente Sebastián, las virtuosas Lucía, Cecilia y Agueda, y, pasando por alto otros muchos nombres, el simpático y aguerrido Pancracio, cuyo nombre se nos ofrece nimbado de leyendas populares y tradiciones.

TOMAS PORTO

1. Pasos de su vida.

Pancracio nace en Sinada, ciudad de Frigia, región del Asia Menor, en el año 290.

Sus padres se llamaban Cledonio y Ciriaca. Eran paganos, nobles, opulentos.

Era elprimer hijo, y en él volcaban su cariño, sus desvelos y sus sueños como heredero del apellido y de sus cuantiosas riquezas.

Pero la felicidad les duró muy poco.

La madre moría a los pocos días del nacimiento de Pancracio y el padre sobreviviría por escaso tiempo.

¿Qué iría a ser de aquel niño?

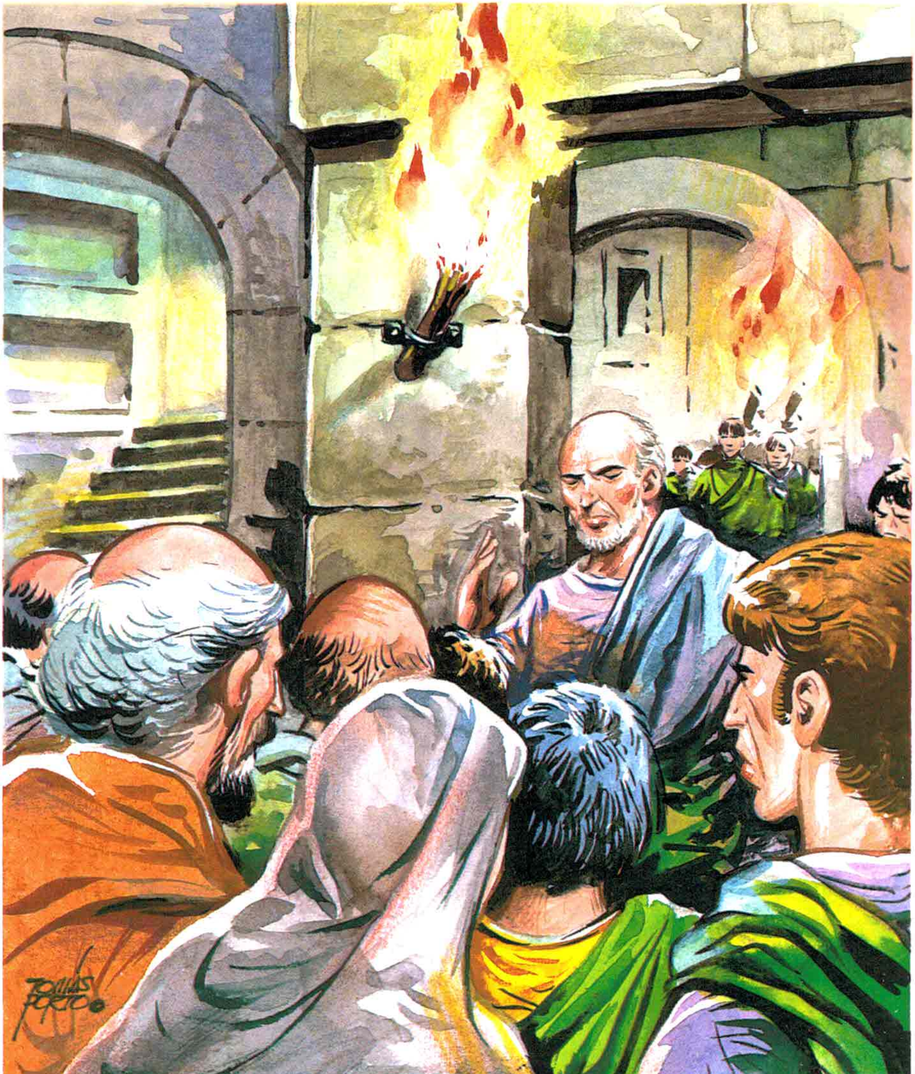
Ya enfermo, el padre sentía la inquietud por el mañana de su hijo, y mandó llamar a su hermano Dionisio para encomendarle sus cuidados. Este fue el encargo:

–*Te pido, hermano mío, por Dios y su poder, que acojas a mi hijo como tuyo y conserves para tu sobrino Pancracio todo el patrimonio que tengo aquí y en Roma.*

También pidió al hijo respeto, obediencia y amor para su tío.

Fue así como Dionisio reemplazó en autoridad, amor y deberes al padre y se hizo cargo del niño Pancracio. No estaba casado ni soñaba con el matrimonio, y adoptó y declaró heredero suyo a Pancracio. Como hijo le miró y trató hasta su muerte. Se lo había prometido solemnemente al anunciarle la muerte del padre: *«Desde hoy yo seré para ti un padre tú serás para mí un hijo»...*

En roma poseían un rico patrimonio, y para encargarse de él y para que Pancracio pudiera reibir la educación de la ciudad central del imperio se trasladaron a Roma y fijaron su residencia en la Manzana Cuminiana, en el monte Celio.


TOMÁS PORTO

2. En Roma se hace cristiano.

La Divina Providencia iba guiando sus pasos.

Pronto advierten que en la casa vecina hay reuniones de personas buenas. Es el hogar de Cástulo y Sebastián, pero en él vive oculto el Papa Cayo, custodiado permanentemente por el hostiario Eusebio, y sirve para reuniones de cristianos y para proyectar la fe.

Aunque el Papa vive oculto allí, eran tales sus virtudes y el bien que hacía, su caridad y su celo por atraer hacia la verdadera religión, que su nombre no tardó en llegar a los oídos de los frigios recién llegados a Roma. Esas noticias de su conducta santa les hacen pensar. Es el primer contacto con el cristianismo. Por ellos pasan sucesivamente sentimientos de curiosidad, de admiración, deseos de verle y oírle, de conocer a fondo esa nueva religión que llaman cristiana.

Un día solicitan una entrevista con el Papa de quien oyen tantas maravillas.

Dicen las Actas de los mártires que, ante tal solicitud, el Papa Cayo se postró en tierra y exclamó:

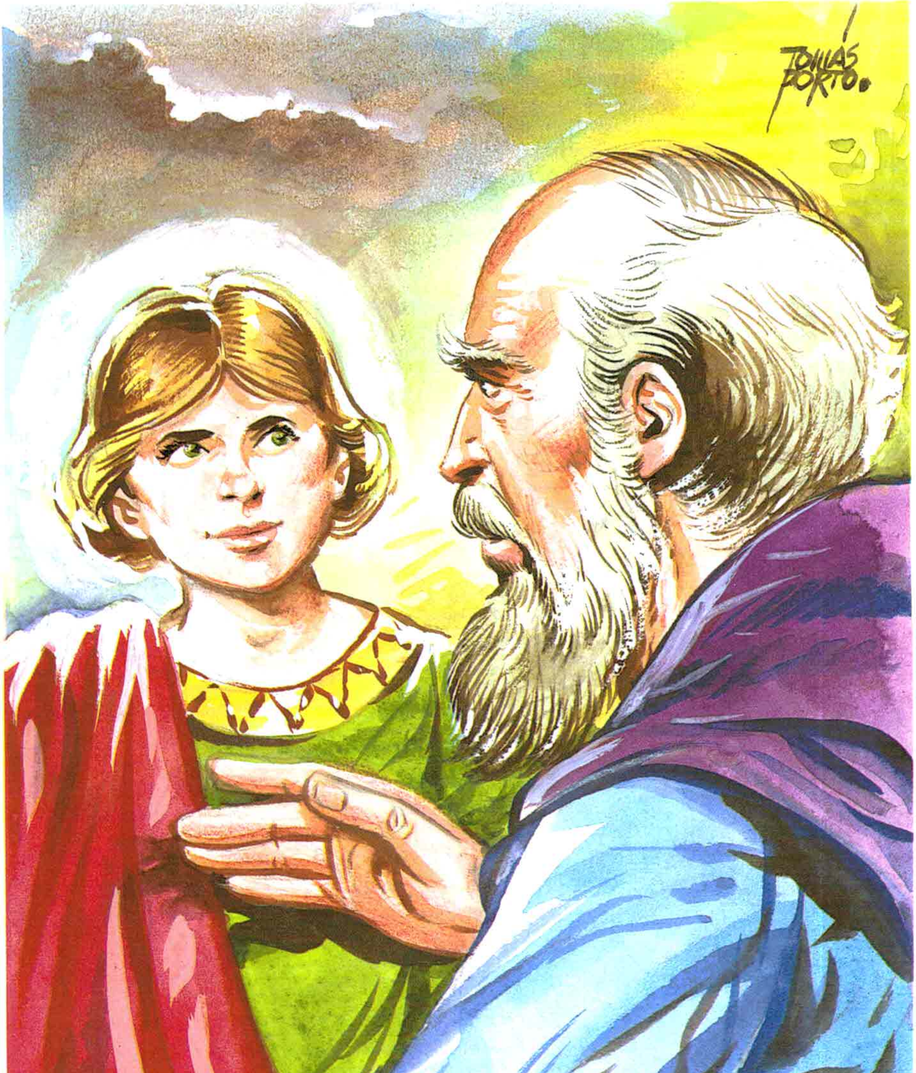
–*Gracias te doy, oh Jesucristo, mi Señor, Rey de reyes y Señor de los que dominan, que te has dignado por el Espíritu Santo darles noticias de este último siervo tuyo.*

Se puso en pie y ordenó que entrasen inmediatamente.

La entrevista fue sencilla y cordial. Pancracio y Dionisio quedaron cautivados por aquella bondad, y allí mismo solicitaron ser instruídos en la fe para poder ser bautizados porque ambos querían «tener por Señor al Señor de Cayo».

Treinta días más tarde, tras una densa formación y una honda vivencia de la fe, fueron bautizados.

Lo demás sería ya pura consecuencia. Un saber mantener en alto la antorcha de su fe. Ellos eran cristianos y pretendían vivir como tales. Comenzaron a vivir sencillamente en cristiano.


TOMÁS PORTO

Hoy es fácil hacerse y ser cristiano. Te bautizan y pasas a ser uno más. En aquellos días ser cristiano y declararse tal era tener vocación de mártir. La luz de aquellos primeros cristianos hiere nuestras pupilas más acostumbradas a sombras que a destellos.

Pancracio se bautizó para ser testigo de la luz, de una persona –Jesús– a quien se odiaba y perseguía en aquella sociedad pagana. Tío y sobrino fueron bautizados personalmente por el Papa Cayo, y recibieron una fe henchida de amor a Jesús, por quien querían ofrecer sus vidas.

Pronto fallecería Dionisio, «querido y digno de Dios».

Pancracio lloró la muerte del tío amado, pero se confortó con la idea de que la separación habría de ser por poco tiempo.

Y así fue.

Sus escasos catorce años no le amedrentaban en la confesión de su fe.

3. Cárcel, juicio, martirio.

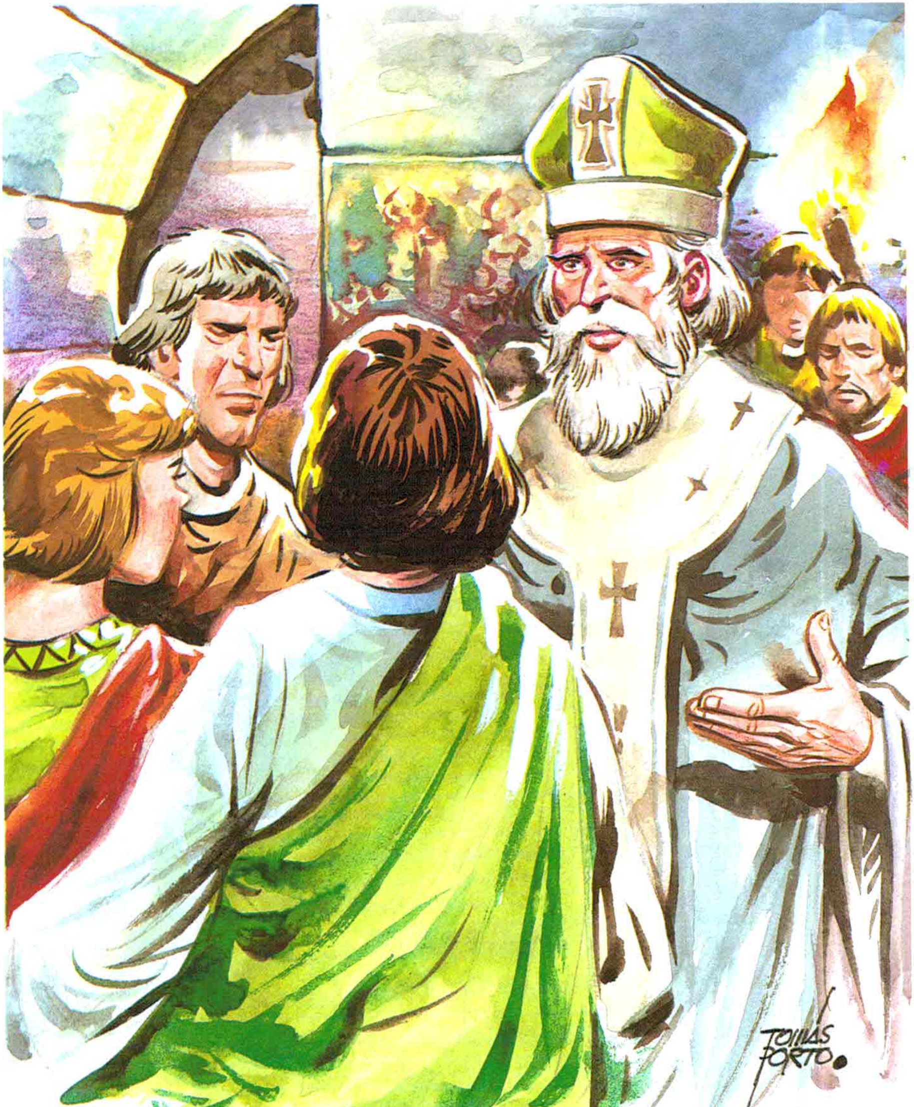
Un cristiano no puede viajar de incógnito. Su fe se ha de notar.

¿Sabemos todos sembrar en torno nuestro misterio, inquietud, preguntas, fe?

Cristiano es el que ha pasado de las tinieblas a la luz. Jesús dejó a los suyos precisamente como luz, sal, levadura, antorcha...

La persecución contra todo lo cristiano iba en aumento.

Todo el imperio estaba en ascuas ante tan cruel persecución. El fanatismo de aquellos idólatras no respetaba edad ni sexo, pero tampoco la edad y el sexo eran óbice para ser valientes ante la barbarie de los tormentos y sus escenas de escalofrío. A la crueldad de los verdugos se oponía la valentía


TOMAS PORTO

de los cristianos. Resistían amenazas, despreciaban promesas halagüeñas, y se dejaban matar con alegría en sus rostros.

Casi todos los juicios de los primeros cristianos tienen el mismo preliminar: un diálogo en que les procuran convencer y atraer con razones y halagos, y en el que ellos hacen una apasionada apología de su fe, siendo eso motivo de nuevas conversiones y nuevos martirios.

Esto podemos admirarlo en el martirio de San Pancracio.

Pancracio era un valiente. Nada temía. Públicamente confesaba su fe. Iba marcado de rojo.

Un día fue apresado por su condición de cristiano.

Dada su condición de noble, es llevado ante el emperador Diocleciano que resultó haber sido amigo de su padre. Por ello y por la edad del joven el emperador quiere atraerle de todas las maneras, quiere evitar su muerte. Primero fueron promesas. Generosas. Tentadoras. Así quería ganarle. Luego pretendió amedrentarle con amenazas. La dialéctica choca contra la segura firmeza con que él defiende su fe.

Las Actas de los mártires de aquella primitva cristiandad son páginas impresionantes. Ante la muerte aquellos cristianos se comportan con una serenidad y firmeza de alma dignas de todo encomio.

Este es el diálogo final entre el emperador y Pancracio:

–Tierno joven, te aconsejo que no quieras morir entre tormentos, con muerte prematura e ignominiosa; tu edad, como claramente se ve, no pasa de quince años; acuérdate de que eres hijo de noble estirpe, de Cledonio de quien fui gran amigo. Esto quiero conseguir de ti: que abandones esa locura de los cristianos y vivas conforme vivieron tus antepasados. Si esto haces, te prometo engrandecerte mucho más, nunca te alejaré de mi lado, y seré para ti un verdadero padre. Y advierte que, si te desagradan mis plabras cariñosas y rechazas mis promesas, te hago matar y quemar tu cadáver para que no vengan luego los cristianos y te celebren por mártir...

TOMAS
PORTO

Pancracio le escuchó. Sereno. No quiso interrumpirle. Hizo finalmente una reverencia y se arrancó con estas palabras valiosas:

–*No quieras errar en vano, ilustre emperador, midiendo mi juicio por mis pocos años. Porque nuestro Señor Jesucristo se digna comunicarnos tal ánimo y entendimiento que todo el terror de vuestros príncipes y jueces es para nosotros como vana pintura que aquí vemos. Por otra parte esos dioses y diosas a quienes me aconsejas que adore son engañadores simulacros, demonios y hombres perversos que no perdonaron a sus mismos padres, ni temieron viciar a sus mismas hermanas. Me admiro, oh emperador, que no tengas por afrenta adorar a unos demonios de costumbres y vicios tales que, si hoy vieses en tus criados o siervos tales acciones, al punto mandarías matarlos... Os cansáis en vano en hacerme ofrecimientos y en amenazarme con quitarme la vida, porque para mí ni los bienes de este mundo son nada ni la muerte me causa horror. Los cristianos consideramos como el mayor de los bienes y el más elevado de los honores poder derramar la sangre por confesar a Jesucristo. ¿Qué dicha pudiera apetecer yo, a mis catorce años, si no dejar esta tierra y cambiar unos días de vida por la eterna felicidad que conseguiría?...*

El emperador le escuchaba. Estaba violento. Varias veces se le vio que iba a interrumpirle. Pancracio seguía hablando de su fe.

Finalmente, irritado, el emperador al sentirse impotente de convencer al joven y hacerle callar, optó por abreviar y ordenó retirar al joven de su presencia, llevarle fuera de la ciudad y que aquella misma noche fuese decapitado allá, en la Vía Aurelia.

A Pancracio los ojos le brillaban de alegría ante la oportunidad de sufrir por su Jesús.

Llegada la noche y a la luz de las antorchas se le presentó el escenario lúgubre con el fin de influir en su ánimo y que renegase de su fe, pero él avanzó valeroso y sonriente y ofre-

TOMÁS PORTO

ció su cabeza al verdugo para obtener la muerte dichosa de los mártires.

El misal romano nos cuenta su muerte con estas palabras:

–*Cuando era llevado por los empleados del emperador, llegó al lugar donde se iba a consumar dignamente su martirio. Allí Pancracio extendió sus brzos hacia el cielo y dijo: Te doy gracias, Señor Jesucristo, que te has dignado en esta hora, que siempre he ansiado, unir a tu siervo con los santos... Habiendo dicho él esas palabras, le fue cortada la cabeza.*

Era el 12 de mayo del año 304.

Pancracio había confesado valientemente su fe y recibía la corona del martirio.

4. Su culto.

Durante la oscuridad de aquella misma noche una mujer llamada Octávila acudió al lugar del martirio, envolvió en un lienzo el cuerpo del mártir y lo enterró.

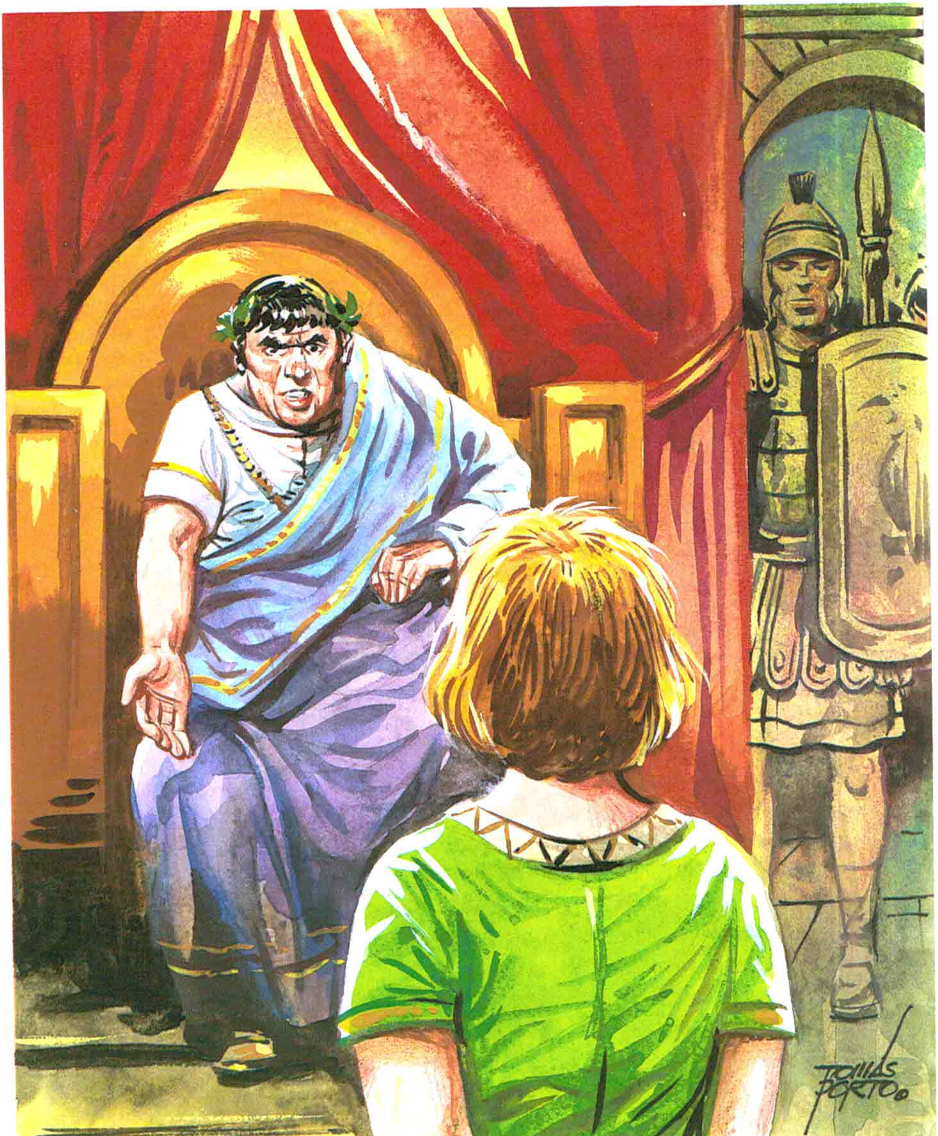
El culto del santo comenzó inmediatamente en torno a su sepulcro.

San Gregorio Magno pronunció allí una famosa homilía, en la que dijo: «*Los santos, en presencia de cuyo sepulcro estamos, trataron al mundo con desprecio, pusiéronle a sus pies, cuando la paz, la fertilidad, la abundancia, lo florido y vigoroso de la edad parecía hacerlos dignos de que el mundo los amase, o, al menos, multiplicaba las dificultades para que ellos se desprendiesen de su amor*».

Pancracio había renunciado a todo por Jesús, y ahora Dios lo presentaba a la veneración de todos.

Poco a poco su culto se fue extendiendo por toda Italia y por todo el mundo.

Su vida y martirio pasaron a la novela y a la admiración


TOMAS PORTO

popular, pasando a ser uno de los santos que ha disfrutado de una veneración más intensa y difundida. ¿Quién no ha leído la heroicidad de nuestro santo en «Fabiola o la historia de las Catacumbas» del Cardenal Wiseman?

No me resisto a copiar una conversación hogareña una tarde al llegar Pancracio del colegio. ¡Qué bien queda descrita en ella la valentía y entereza del jovencito y su cristianismo hecho heroico ante el perdón!

Así lo ha narrado él:

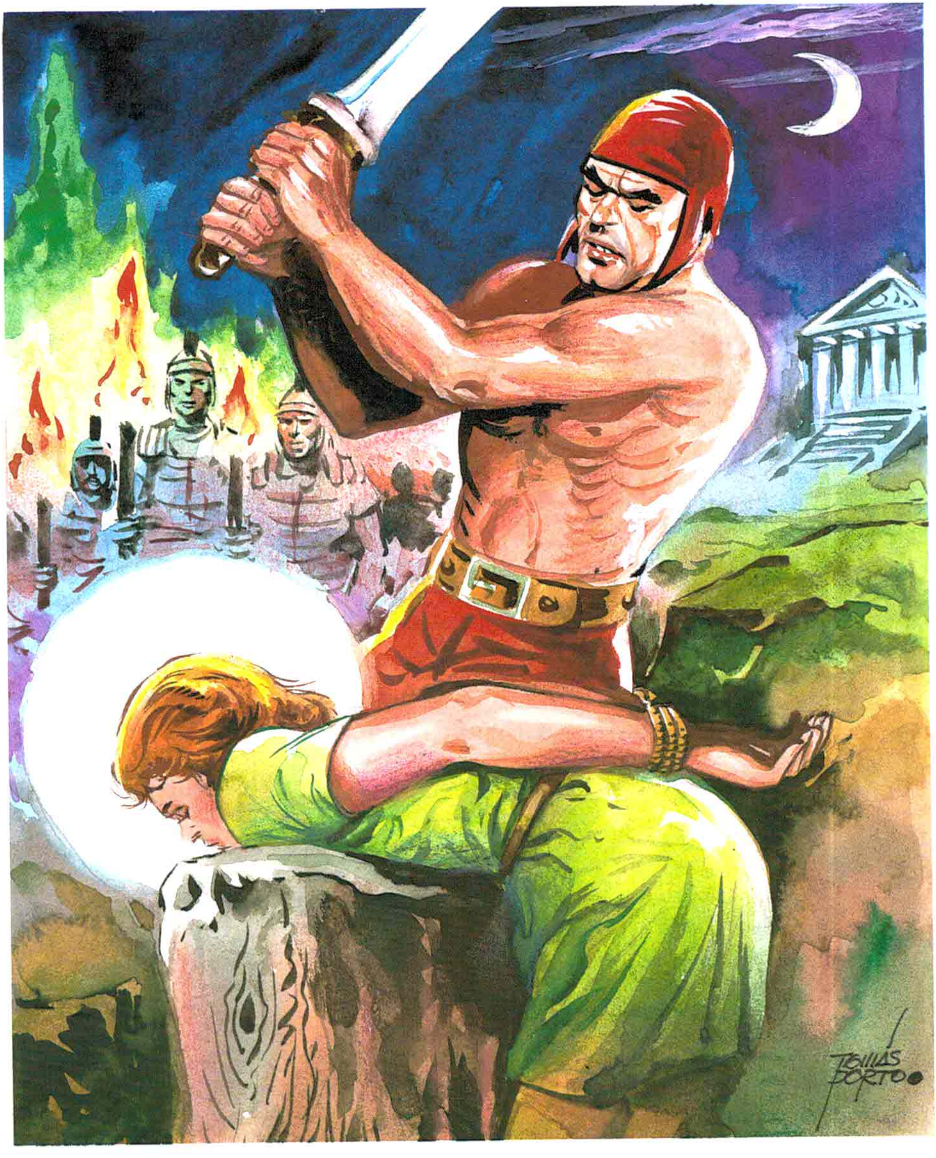
–Me han dado el primer premio en el concurso de declamación. El tema propuesto era «el verdadero filósofo debe estar siempre dispuesto a morir por la verdad»... El tema me ha sugerido ideas grandiosas. Mi corazón ardía y de todos mis pensamientos parecía brotar fuego. El hijo de un mártir no podía sentir de otra manera. Así, cuando me llegó el turno de leer lo que había compuesto, faltó poco para que quedasen al descubierto todos mis pensamientos y mis afectos. En lugar de la palabra «filósofo» estuve a punto de pronunciar más de una vez la palabra «cristiano»...

Es la realidad grandiosa. Un cristiano debe estar siempre dispuesto a dar razón de su fe, incluso aceptando la muerte. ¡Qué valor el de aquellos cristianos! Cuando salían de recibir el bautismo, se encontraban frente a un mundo pagano y adverso, y allí ser cristiano era tener vocación de mártir...

Otro testimonio aprendido del Maestro Jesús era vivir y hasta morir perdonando.

Pancracio sigue contando las cosas de su colegio:

–Al salir de clase me esperaba Corvino... Me tiró de la túnica y me miró con aire amenazador, diciéndome: Ven acá, Pancracio. Me parece que va a ser la última vez que nos veamos... Pero antes que dejemos de vernos, si eres digno del nombre que llevas, vamos a luchar aquí tú y yo con algo más serio que con palabras. Quiero que tus compañeros te conoz-


TOMÁS
PORTO

can... Le contesté lo que debía decirle, lo que ha de contestar todo buen cristiano. Le dije que siempre había rechazado aquella clase de juegos que suelen comenzar con un ejercicio de violencia y acaban desencadenando instintos de venganza...

Corvino, cada vez más colérico, me cogió con las dos manos de la túnica y me gritó, dándome sacudidas: ¡No creas que te escaparás así! Nunca nos has dicho dónde vives, pero no pararé hasta encontrate y ahora te daré esta prenda de mi inquebrantable propósito de venganza». Y me pegó una bofetada terrible que estuvo a punto de tirarme al suelo... Me pareció que la sangre se me subía a la cabeza y que el corazón iba a estallarme... Pero el ángel de la guarda me ha salvado de esta situación. Tenía en mi mente el recuerdo del Divino Maestro cuando en casa de Caifás se mostraba paciente y humilde a los que le dirigían injurias y le abofeteaban. Luego tendí la mano a Corvino para decirle: «Dios te perdone como yo te perdono de todo corazón».

Así el novelista nos describe al joven Pancracio como valiente, fiel, discípulo de Jesús.

Y así pasó a la devoción popular.

Los hombres buscan testigos y no oradores. Personas que digan con su vida lo que son, y no solamente con la palabra. Creen en testigos que se dejen matar por su verdad.

Los Papas impulsaron su culto con gran interés.

El Papa Símaco en el siglo V le edifició una Iglesia en el cementerio de Caledopio y una capilla en el Palacio Lateranense. En el siglo VII el Papa Honorio recubre de plata el sepulcro del santo y reedifica la iglesia casi desde los cimientos. Hoy es Basílica y tiene título de Cardenalicia y es una de las Estaciones de Pascua.

Comenzó a celebrarse su fiesta juntamente con la de los santos Nereo y Aquiles. Así lo vemos citado ya en el martirologio jeronimiano: «En Roma los santos Nereo y Aquiles, y

TOMAS PORTO

natalicio del mártir Pancracio». El martirologio del venerable Beda hace este elogio de él: «En Roma San Pancracio, que, teniendo 14 años, completó su martirio bajo Diocleciano con la decapitación».

En Italia hay trece localidades que llevan su nombre.

Es uno de los patronos de la juventud italiana de Acción Católica, la cual se reúne una vez al año ante su sepulcro para renovar sus ímpetus de apostolado y pedirle al santo su valentía para defender la fe.

A su sepulcro acuden también los romanos que desean asegurarse de algo bajo juramento y le consideran castigador de perjuros...

5. Sus imágenes

No existen representaciones antiguas del santo mártir.

En la edad moderna hallamos abundante iconografía de San Pancracio. Hay célebres imágenes no sólo en Italia sino también en Francia, Países Bajos, Alemania, Inglaterra. Son muy conocidos los bajorrelieves que representan su bautizo y su decapitación.

Se le representa muy joven, casi niño, con la túnica romana o con el traje militar y los atributos de mártir.

Ultimamente a su imagen se le ha añadido un libro abierto a sus pies y con la inscripción latina de «venite ad me et omnia bona dabo vobis» – Venid a mí y os daré toda clase de bienes.

Es el pueblo quien ha puesto en él su confianza fiándose de su protección y aclamándole como patrono de dos de los bienes más estimados que son «la salud y el trabajo».

En el sepulcro del santo hay una lápida que proclama la protección e intercesión valiosa de San Pancracio: «*En este*

lugar se devuelve la salud a cuantos a él llegan con enfermedades, y muchos beneificios de curaciones se otorgan a cuantos con fe sincera a él acuden y se acercan».

* * *

Han pasado diecisiete siglos desde aquella noche en que el jovencísimo Pancracio, mientras confesaba su fe con alegría, era decapitado... y sigue el santo transmitiendo luz, luz de valentía, luz de heroísmo.

Nuestras ideas cristianas deberían ser eficaces, convirtiéndose en fuego que abrase y triture debilidades. Nuestra vida tendría que ser la expresión de nuestras ideas. A muchos cristianos, rebosantes de verdades, les falta coraje para vivir de cara a la Verdad y de cara a su Dios.

El ideal siempre es amigo de montañas, de escaladas altivas, de picachos recios.

El gran ideal cristiano debe ser capaz de movilizar toda tu persona y suscitar seguidores e imitadores.

Si alguien nos dijere que hemos de ser santos porque lo fue Jesús, alguno podría oponer como disculpa que El fue Hombre y Dios. Pero, al mirar a los santos, no valen las disculpas. Pedro fue como tú, Pablo fue como tú, Mateo fue como tú, Pancracio fue como tú. Decir que no puedes imitarlos es disculpa de cobardes.

La fiesta de San Pancracio se celebra el 12 de mayo.

Imita su valentía y heroicidad.

Acude confiadamente a él, y experimentarás su protección.

ISBN 84-7770-285-3
9 788477 702856